

Cultura a la contra

Contra todo

Diríase que no he muerto todavía; que aún me quedan aliento y ganas para seguir aguantando el horror cotidiano de los bares, de las cafeterías, de las calles y del tiempo. Hay sitios, sin embargo, que no aguanto demasiado: uno de ellos es un bar del barrio de Malasaña que se llama "La Vía Láctea", centro de "snobs" sin gracia que van allí a encontrarse unos con otros, a codearse —nunca mejor dicho, pues el local es muy estrecho y hay que andar por él a codazos— entre sí, sin ver a nadie más que a ellos mismos. Triste destino el de los "snobs" madrileños, a quienes también han concentrado en un "ghetto". Van a dejar, por imposibilidad, de ser "snobs", porque no van a tener a nadie a quien copiar; o tal vez a los chicos de Fuerza Nueva, cuya sede está muy cerca y que van a ser los únicos en ir ahí dentro de poco. Los demás nos estamos hartando de ese sitio con tan poca gracia, que además pone gorilas a la puerta para impedir la entrada a los supuestos "pasotas" —ahora se llama así a todo el mundo que no tiene pinta de oficinista—, y emplea la música como arma contundente, o sea, que pone mala música.

El barrio de Malasaña se hunde; lo quieren convertir en otra prolongación de la autodenominada "zona nacional", y es posible que lo consigan. Y ya está bien; ya está bien de no poder andar por la calle con tranquilidad, de tener que ir escurriéndose por las esquinas como si uno fuese un malhechor, por el solo hecho de no ir vestido como ellos; de no poder entrar en un bar, por miedo. Ya está bien de encontrarse por todas partes con alevines de asesinos, no sabemos si incontrolados o controladísimo por alguien.

Pero no es sólo el barrio de Malasaña; es toda la ciudad, la que se va convirtiendo en "zona nacional". Con una astutísima política, los fachas la van tomando barrio por barrio, en una especie de guerra de guerrillas. Y tampoco son tolerables los que hacen militancia de antifascismo y te confunden por cualquier cosa. No sé si estará bien o mal la guerra civil; pero, desde luego, a mí no me apetece nada vivirla.

Entre todo esto y que está llegando el invierno, cada día se siente más esa dificultad de ser de la que hablaban otros: nos dejan nuestros amigos e incluso nuestros enemigos ya no son lo que eran. Apetece irse a vivir a otro sitio, pero es que no lo hay; deberían descubrir un planeta habitable, para mandarnos a quienes ya no aguantamos más. O que nos metan en esos campos de concentración donde convertían en jabón a la gente. Pero, por favor, que no nos sigan haciendo aguantar esta vida invivible, este mundo cada vez más podrido —en el peor sentido de la palabra—; o que nos den tandas de electroshocks, a ver si así nos dejan idiotas del todo y no nos enteramos ya de nada. Porque esto no se puede aguantar: no se puede aguantar la tensión que se siente en todas partes, noche y día, la falta de simpatía y de amistad que rezuma el mundo entero, la bestialidad de la gente y su falta completa de solidaridad entre sí. Ya ni "ghettos" hay, donde pueda uno encerrarse fuera de la vida común, porque los han invadido o los minan desde dentro. Antes, había alguna cosa que estaba bien; algún amigo con quien charlar en la terraza de un café, alguna posibilidad de vivir con más o menos comodidad. Ahora, ya no hay nada; ni siquiera conversación. Y las que hay, son cada vez más sosas: sólo se habla de la ETA y de cosas así; igual, los periódicos, que ya no se pueden leer. Ni las revistas, de izquierdas o de derechas —término convencional que significa muy poco—, cada vez más aburridas. En fin, que el mundo está de pena, y que encima no hay otro. ■ EDUARDO HARO IBARS.

Los años transcurridos desde su filmación han podido convertir algunos de los pasajes de "La sal de la tierra" en menos violentos de lo que fueron. Sin embargo, la frescura de sus imágenes sigue cautivando a quienes no hayan perdido aún la sensibilidad de acercarse a retratos colectivos donde la dramaturgia dé paso al testimonio directo. La huelga de los mineros de Silver City (Nuevo México) dio pie a Biberman para expresar todos los posibles conflictos de una pequeña sociedad políticamente con-



Rosaura Revueltas, en "La sal de la tierra", de Herbert Biberman.

cienciada. De ahí que los premios recibidos por la película abarquen múltiples aspectos: desde la interpretación de Rosaura Revueltas (con lo que se avala su claro contenido feminista), hasta su carácter social reconocido por la católica Legión Mexicana de la Decencia.

Ante un clásico no caben consideraciones estéticas que querran discutir ahora sus posibles anacronismos o insuficiencias. Importa mucho más llamar la atención sobre la existencia de la película en nuestras carteleras. Este reportaje vivo rompe la monotonía. Y el espectador español no está, desgraciadamente, acostumbrado a encontrarse todos los días con películas de la importancia de "La sal de la tierra". ■ D. G.

"Gigoló"

Además de la aparición de la bellísima Marlene Dietrich, de la también bellísima Kim Novak, de Curd Jürgens y del enorme actor que es David Bowie, esta película debe verse por muchas otras razones: es un canto a la dignidad perdida, al gesto del vencido que no tiene ya más que su derrota, y que ni siquiera la emplea como bandera. Por encima de la anécdota de una Alemania hundida al final de la guerra del 14, de un país que oscila entre la decadencia impuesta —que tan bien contó Maurice Dekobra, entre otros escritores llamados galantes— por los vencedores y un deseo de reafirmación nacional que acabaría con el gesto —gesto de vencidos, de nuevo, que se desean vencedores— tragicómico del nazismo, y con una nueva derrota; por encima de la cuestión alemana, está el análisis de una situación final y desesperanzada, la narración de cualquier fracaso: fracaso del protagonista-anti-héroe, encarnado por Bowie, que abandona sus sueños de gloria militar para convertirse en gigoló, porque no le queda otro remedio, y acaba irónicamente convertido en una especie de Horst Wessel, héroe después de muerto por un ideal en el que nunca había creído; fracaso del viejo militar, paralizado y estúpido; fracaso de la propia Marlene Dietrich, que canta con voz ya rota y hermosísima una canción de terrible desesperanza; fracaso de la revolucionaria, que acaba convertida en estrella de Hollywood y casada con un viejo príncipe ale-

David Bowie, en "Gigoló", de David Hemmings.



mán amigo de los nazis. Fracaso, en fin, de todo un país y de todo un espíritu, que David Hemmings cuenta en fotogramas bellísimos, en el marco de un Berlín ya destrozado, ya entonces hecho ruinas y miseria. ■ EDUARDO HARO IBARS.



TEATRO

Madrid: Presentación del Lliure

Primero de los cinco espectáculos que el Teatro Lliure, en el ámbito del Centro Dramático, va a presentar en el María Guerrero y en la Sala Cadarso. Se trata de "Leoncio y Lena", una obra rara y genial de Georg Buchner, autor singular —"Woyzek", "La muerte de Danton", "Leoncio y Lena"— en el teatro contemporáneo, donde, pese a morir muy joven y estar enmarcado por un movimiento tan específico como el Romanticismo alemán, puede decirse que sigue siendo, o incluso que lo es cada vez más, profundamente próximo. En Buchner se dan, en efecto, tanto en el plano de su sensibilidad como en el de sus ideas, en el de sus personajes como en la estructura de sus dramas, una serie de características que han servido de pauta a grandes autores posteriores. Hasta podría añadirse que con él se instala en el teatro ese sentimiento, tantas veces reiterado en los dos últimos siglos, de "desencanto político" —expresado aquí con el comportamiento del personaje Valeri—, de "decepción revolucionaria" ante la sucesiva traición de los ideales programáticos por los intereses y las pasiones particulares de los vencedores.

El montaje del Lliure, dirigido por Lluís Pasqual, con espacio escénico y vestuario —elementos indisolubles, como debiera ocurrir siempre, en la iconografía dramática— de Fabià Puigserver, revela, precisamente, hasta dónde la identificación con Buchner es hoy una verdad. Una verdad que, lejos de exigir espe-



"Leoncio y Lena", en el montaje del Lliure.

citaciones intelectuales, se da ya a nivel de piel o sentimiento, de insatisfacción compartida, de rebelión vital contra ciertos comportamientos sociales, a la vez que de lucidez —y, por lo tanto, de agonía— existencial. La muerte, la fugacidad, la plenitud, el amor, la belleza, la libertad, la naturaleza, de un lado, la Corte, el deber, el matrimonio, el oportunismo, del otro, se mezclan y contraponen en un drama de nitidez dolorosa, claro y complejo, como la música de Vivaldi —y la "musicalidad" es un factor básico en la poética de Buchner, de Pasqual y de Puigserver— o, por seguir a Arrizabalaga, de Mozart, que "se rompe cada vez que se toca".

El María Guerrero ha sido sometido a una inteligente transformación. El espacio escénico cubre buena parte de la sala, conservando así el espectáculo la relación con el público que ya tenía en el Lliure. La decisión resulta poéticamente justificada y altera la rigidez del teatro a la italiana. La aproximación de Lluís Pasqual necesita una intimidad —más cercana al cuarteto de cámara que a la gran orquesta sinfónica— que al espacio de Puigserver, por su configuración y por sus tonos, por su lirismo, resuelve. También la interpretación se ajusta, con extraordinaria delicadeza, a la gestualidad y al tiempo que exigen la

concepción del montaje, una gestualidad que es, a la vez, convencional y sincera, precisa y fresca.

Si uno tuviera que reducir el juicio a unas pocas palabras incluiría las de cultura teatral, refinamiento, inteligencia y aun esta otra, tan rara en nuestros escenarios, sobre todo cuando se trata de grandes obras: sensorialidad. ■ JOSE MONLEON

Los clásicos, en Almagro

II Jornadas de Almagro, muy bien planeadas y coordinadas por Francisco Ruiz Ramón. Su tema: "Lectura actual de los clásicos". Participantes: gentes de teatro más o menos directamente vinculadas con el tema y un grupo de prestigiosos investigadores universitarios. He aquí algunos nombres: Maravall, Díez Borque, Juan Manuel Rozas, Luciano García Lorenzo, Francisco Rico, Andrés Amorós, Francisco Nieva, José Luis Gómez, César Oлива, Nuria Espert, José Martín Recuerda, Ricardo Salvat, Xavier Fábregas...

Paralelamente, una serie de representaciones, cerradas con las de "La dama boba", de Lope de Vega, por el Teatro Estable Castellano, y una versión libre del "Don Duardos", de Gil Vicen-

te, escrita por Carmen Martín Gaité y presentada por el que pudiera llamarse —para simplificar su larga sigla oficial— el Teatro Nacional Infantil. La entidad de las obras, de sus autores, de los directores —Miguel Narros y José María Morera, respectivamente— y de las compañías, impide despachar el juicio en breve espacio. Tiempo habrá de hacerlo razonablemente. Aparte de que lo específico de Almagro no han sido tanto las representaciones —algunas ya vistas con anterioridad; otras, destinadas a circular profusamente en el futuro— como el intento de delinear, colectivamente, una serie de posiciones frente a los clásicos y, lo que es más importante, de concretar una serie de exigencias que puedan sacarlos del panteón donde reposan. Quizá, en última instancia, y en el caso de muchas obras tenidas superficialmente por clásicas —simplemente por el hecho de haber sido escritas en los siglos XVI y XVII—, para volverías a enterrar nuevamente, pero siquiera tras el análisis que permita firmar el certificado de defunción con conocimiento de causa y la conciencia tranquila.

Un punto fundamental de las Jornadas de Almagro ha sido la confrontación entre la Universidad y el Mundo del Teatro, dos fuerzas que, contra lo que parecería lógico, rara vez han solido encontrarse en el campo de los clásicos. La confrontación fue, por ello, un tanto polémica. Los términos y criterios de valor —donde unos leen palabras, los otros oyen a los actores; donde unos piensan como lectores, los otros se esfuerzan en ser público— eran, a veces, distintos. Pero el esfuerzo por entenderse —y habría que citar, como símbolo, la actitud siempre ejemplar, del profesor Maravall— fue claro y contribuyó a delinear un temario de problemas que van desde la posible "ironía" de algunas obras clásicas —donde el servilismo verbal a las instituciones parece oponerse a la conducta tortuosa de algunos de sus personajes— hasta la manipulación burocrática de que fueron objeto durante la Dictadura, desde los problemas de la "adaptación" a los de la "actuación" de los dramas clásicos, desde su interés a su anacronismo... ■ J. M.